



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 27 (2021)

AMÉRICA LATINA EN *EL CORREO DE ULTRAMAR*. PARTE LITERARIA E ILUSTRADA REUNIDAS: LITERATURA DE VIAJES E IMAGINARIOS

Beatriz FERRÚS ANTÓN

(Universitat Autònoma de Barcelona)

<https://orcid.org/0000-0002-0569-3120>

Recibido: 11-05-2021 / Revisado: 30-08-2021

Aceptado: 21-08-2021 / Publicado: 18-12-2021

RESUMEN: Este artículo analiza la literatura de viajes hacia América Latina incluida en *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas* (1853-1886), publicación que en el primero de sus números proclamaba su vocación americanista. Se estudian las diferentes tipologías textuales incluidas en *El Correo...* y dedicadas al continente, las temáticas que abarcan, las litografías e ilustraciones que las acompañan, la rescritura de las crónicas de Indias desde el tamiz del romanticismo etc. como un conjunto de estrategias imaginarias que dan cuenta de los complejos procesos de redefinición geopolítica que tendrían lugar en el triángulo transatlántico; al tiempo que diferentes intereses neocoloniales pugnaban por la región.

PALABRAS CLAVE: Prensa ilustrada, *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, imaginarios, América Latina, neocolonialismo.

LATIN AMERICA IN *EL CORREO DE ULTRAMAR. PARTE LITERARIA E ILUSTRADA REUNIDAS*: TRAVEL LITERATURE AND IMAGINARY

ABSTRACT: This article analyzes the travel literature to Latin America published by the journal *El Correo de Ultramar, parte literaria e ilustrada reunidas* (1853-1886), that declared its americanist vocation since its first issue. This paper studies, therefore, different textual typologies included in *El Correo...* and dedicated to the continent, as well as themes they cover, lithographs and illustrations going along with them, and the rewriting of Chronicles of the Indies from the perspective of Romanticism, as a set of imaginary strategies that account for complex processes of geopolitical redefinition that would take place in the transatlantic triangle. At the same time, different neocolonial interests were fighting for the region.

KEYWORDS: Illustrated press, *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, imaginary, Latin America, neocolonialism.

I. A NUESTROS LECTORES

En 1853 comenzaba la andadura de *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas* (1853-1886), que se publicó en Francia por iniciativa del editor Xavier de Lassalle y Melán, como suplemento de *El Correo de Ultramar, periódico político, literario, mercantil e industrial* (1842-1886).¹ Este contaría con ediciones en Cuba, Brasil y Argentina, logrando una notable distribución en el continente y consolidándose como el referente de la prensa en español producida en París. La publicación nació en un contexto de ebullición editorial de la capital francesa (Cooper-Richet, 2009, 2011, 2013 y 2019) y de internacionalización del mercado editorial, donde emergerían distintos periódicos que aspiraban a llegar al lector latinoamericano (Fernández, 1998) y que habrían de convertirse en espacio de circulación de imágenes y de transferencia cultural:²

París fue en la década de los 1840 y 1850 el foco de irradiación de muchas de estas actividades de transferencia; la prensa el principal vehículo de transmisión de las mismas; el español, una de las lenguas privilegiadas en esa comunicación, dado el número de lectores que esperaban sus textos y de escritores que traían de vuelta a Europa sus creaciones en nuestra lengua (Gutiérrez, 2017: 265-266).

Tanto la ilustración de la cabecera como la nota a «A nuestros lectores» insistían en esta hermandad con el continente. La primera dibuja dos paisajes, dos edificios icónicos, dos geografías naturales y dos parejas ataviadas con vestidos costumbristas, en medio aparece un océano de escasos centímetros y un vapor presto a cruzarlo, que marca la cercanía cultural y afectiva entre ambos territorios; al tiempo, se alude a gran parte de los géneros de la miscelánea: las descripciones de paisajes y edificios, los viajes y las costumbres. Las páginas que flotan en el cielo, lanzadas por un ángel, simbolizan la conexión literaria y espiritual. Raquel Gutiérrez entiende que este cuadro resume los valores de lo que *El Correo de Ultramar* aspiraba a ser: «Un vehículo de difusión de la cultura española en Europa y América y una correa de transmisión de la literatura y noticias de Hispanoamérica al continente europeo y especialmente a España a través de Francia» (Gutiérrez, 2017: 267).



Imagen 1: cabecera de *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*.

¹ *El Correo de Ultramar* sería absorbido por *La Ilustración española y americana*, editada en Madrid, en 1886, según consta en la ficha del catálogo de la Biblioteca Nacional de Francia. Sobre la relación entre ambos periódicos véase Vieyra, 2017.

² Este trabajo se inserta en las líneas de investigación del proyecto *Negociaciones identitarias transatlánticas, España-Francia-México (1843-1863)* con referencia PGC2018095312-B-I00, financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades de España.

Asimismo, el texto de la nota indica una preferencia por lo americano: «a igualdad de circunstancias, preferimos lo que lleve el carácter americano», (1853, nº 1: 2), pues América Latina no solo era un espacio con una doble y rica herencia, prehispánica y europea, que merecía ser considerado, sino un lugar, ante todo, de posibilidades de futuro:

Dedicamos esta obra a nuestros compatriotas y a las poblaciones hermanas del continente Americano, más ricas en porvenir que en recuerdos las Europeas [...] Publicada en mira y obsequio de las poblaciones del Nuevo Mundo, redactada por jóvenes americanos y literatos españoles que se enorgullecen al pensar en el grandioso porvenir de su lengua y raza en las regiones que el sol dora y acaricia más allá del Atlántico, la parte ilustrada tendrá siempre en mira el recreo y provecho de esas robustas poblaciones que se agitan ebrias de vida en las férciles y risueñas comarcas del Nuevo Mundo.

Así, a igualdad de circunstancias, preferimos lo que lleve el carácter americano, y nos dedicaremos, con cuidado particular, a reconstruir, por medio de las artes plásticas y la arqueología, esa civilización fósil que huellan con el mayor descuido los habitantes de México y Perú.

Heredero del poder y civilización que le lega la vieja Europa, destinada a empeñar el doble cetro del poder y de la civilización, el continente americano debe realizar un mundo de luz, de amor y de armonía [...] (1853, nº 1: 2).

Desde aquí, este artículo se preguntará cómo se dibuja América Latina en la literatura de viajes, uno de los géneros más abundantes de la miscelánea, muy presente en la prensa ilustrada. No solo porque las ganas de recorrer mundo y de escribir sobre ello poblarían las páginas de la época, sino porque las miradas de viajeros extranjeros sobre estos territorios resultan muy significativas para estudiar la tópica desde la que eran pensados, en un momento nada ajeno a viejas y nuevas aproximaciones coloniales, cuando, además, «Se empieza a crear un imaginario y un discurso sobre la existencia de una identidad regional, es entonces cuando surge el concepto: Latinoamérica» (Pabón, 2012: 22).

En este contexto, los moldes del romanticismo europeo se rescriben con nuevos significados. Debe hacerse notar que, en muchas ocasiones, las distintas tipologías textuales confunden sus límites: costumbrismo, descripciones y notas históricas se cuelan entre las líneas del corpus que vamos a estudiar. Por tanto, dos preguntas guían nuestra reflexión: ¿Qué imagen del continente promovió la literatura de viajes en la *Parte literaria e ilustrada reunidas*? ¿Reflejaron sus páginas el prometido «carácter americano»?

2. LOS VIAJES

El siglo XIX fue el gran siglo de los viajes, las transformaciones geopolíticas, con la creación de las naciones hispanoamericanas y los procesos neocoloniales, la revolución en el transporte o el nacimiento progresivo del turismo como fenómeno hicieron que las ansias de recorrer mundo, así como el deseo de leer sobre rutas y parajes lejanos, se incrementaran. La prensa miscelánea se convirtió en un repositorio de escritos que narraban esta experiencia desde una retórica que sostenía siempre un claro proyecto político.

De esta forma, en la *Parte literaria* encontramos excursiones por la campaña francesa, paseos artísticos por Roma o Florencia, periplos por España, largas travesías de exploración a Oriente, esbozos de monumentos paradigmáticos o de accidentes naturales etc. que componen un tapiz de enorme variedad. Cartas, diarios, reseñas, reportes o crónicas dan cuenta de estos. Todo ello se encuentra acompañado por grabados y litografías.

Europa es dibujada dentro de este mapa como un espacio variado, pero unitario, lleno de posibilidades y recursos que se dan conocer al lector, que se suponía que, en gran medida, pudiera ser hispanoamericano.

Pero hay más, pues el periódico es, ante todo, una escenografía del Segundo Imperio Francés. Los viajes del Emperador y la Emperatriz son relatados con minuciosidad, las reformas de la ciudad de París son consignadas con todo lujo de detalles. Se describe la inauguración de edificios o de monumentos que encarnan el poder imperial. Las gestas bélicas: La Guerra de Crimea (1853-1856), la guerra italiana (1859), la expedición a la Cochinchina (1858-1862), la segunda intervención en México (1862-1867) ocupan un buen número de páginas. Los intereses neocoloniales de España emergen, a su vez, entre líneas.

El objetivo de este apartado es analizar dónde queda Latinoamérica en esta cartografía, cuáles son los procesos imaginarios y los efectos retóricos sobre los que se erige su figuración. En las dos primeras décadas de la publicación se marcan dos tiempos: la pluralidad de las geografías americanas transitadas en los primeros años y el protagonismo de México entre 1862-1863, fruto de los acontecimientos históricos. Seleccionaremos un corpus textual que pone en diálogo ambos momentos.

2.1. *Ruinas, maravillas, gentes y paisajes*

Las guerras de independencia y la formación de las naciones hicieron que, a lo largo del siglo XIX, el continente americano diera lugar a múltiples intentos de representarlo, tanto a nivel nacional (Suárez de la Torre, 2001; Ferrús, 2020 y 2021; Amores, en prensa), como transnacional o pancontinental, produciendo una ingente circulación de discursos y de figuraciones en torno al triángulo transatlántico. Fuera desde la propia prensa patria, que buscaba consolidar el «artefacto cultural» (Anderson, 1993) de los estados recién fundados, desde la vieja metrópoli, que necesitaba redefinirse mientras rearticulaba sus relaciones con los nuevos países, o desde las potencias neocoloniales se gestó un ingente cúmulo de narraciones; además de una iconografía fácilmente reconocible que podía reapropiarse desde posturas políticas divergentes. La literatura de viajes permite radiografiarla y analizar sus usos.

No olvidemos, por ejemplo, que ya en la citada nota inaugural se proponía que la publicación «penetrará en esas soledades en que la tierra ostenta su belleza sin más testigo que el sol que la mira, soledad en que resuena la voz de la catarata, el grito del cóndor, el rugir del trueno» (1853, nº 1: 2), gestando una tópica de poderosos efectos performativos. La catarata o el cóndor son emblemas de una naturaleza virginal, paradisíaca, muy afín a la de las crónicas de Indias, pero modulados por el tamiz del romanticismo europeo.

Los primeros textos de esta temática que aparecen en la *Parte literaria e ilustrada reunidas* «Escenas y croquis de viaje» y «Escenas y dibujos de viaje. Las gentes de medio pelo y los esclavos del Perú»³ tienen a esta nación como referente y constituyen ya un testimonio de las paradojas y contradicciones con las que nos toparemos, fruto de un tiempo de transformaciones. El primero de ellos describe un país donde «a desprecio de las constituciones igualitarias hay en el Perú demarcaciones muy notables entre las razas que componen la sociedad» (1853, nº 3: 40). El texto comienza con una denuncia: la de la desigualdad y la exclusión.

La voz narrativa se centra en las «gentes de medio pelo», si los blancos habitan en el litoral, estas lo hacen en las montañas, sus rasgos físicos y el modo en que desempeñan

³ Este artículo se publicó también en el *Semanario Pintoresco Español*, XVIII (1853, nº 11, 13 de marzo: 81-82). Se trata de una práctica muy común en la época, donde hay textos que circulan de unas publicaciones a otras.

sus oficios llaman la atención del caminante, también sus bailes, leyendas, costumbres y la grandeza de los parajes que rodean su vida. Los hechos históricos se cuelan en las descripciones: «Acababa de haber un movimiento militar y la leva había arrebatado a las familias todos los hombres» (1853, nº 3: 41). Los grabados son de corte pintoresco o paisajístico. Los primeros llaman la atención del lector porque le permiten conocer, junto al narrador, los cuadros que este evoca atraído por su peculiaridad, por la extrañeza de vestidos, costumbres o gentes. Estas imágenes reproducen trajes típicos, bailes y encuentros festivos, siempre con la sierra al fondo como presencia que todo lo domina.



Imagen 2: La Zamacueca, del Perú en la fiesta de los Amancaes (1853, nº 3: 41).

Los segundos se dedican a espacios naturales de gran magnificencia, pintados como lugares vacíos, donde las escasas figuras que asoman son apenas sombras. Esto refuerza el efecto de identificación entre quien lee y el narrador-viajero, que experimenta el poder de esta naturaleza solitaria en la que pueden aventurarse sin fricciones con otros personajes.

La mirada que guía el relato, que reconoce no poderse detener a conocer mejor el lugar, oscila entre el paternalismo y la fascinación por la diferencia, entre la crítica de prácticas como la leva o de las desigualdades constitucionales y la justificación de estas por los procesos históricos del pasado.

La segunda entrega, con el mismo título, dedica unas líneas a la leyenda de la Perricholi: «Recuerdos de una Cholita, cómica de talento y favorita de un virrey, que se hizo célebre en Lima, en donde se la conoce bajo el nombre de la Perricholi», «la peruana más popular después de santa Rosa» (1853, nº 4: 51). La historia se articula como una alegoría de la nación mestiza, combinada con el mito de la «mulata fatal» que aparecerá como antagonista en la novela sentimental del XIX⁴ y que problematiza el conflicto histórico de una identidad mestiza: «Deseosa de vengar, en la persona del más alto personaje del Estado los insultos y el desprecio que sufría su casta de la altivez española» (1853, nº 4: 51).

Sin embargo, la artista acaba retirada del mundo y ejerciendo la caridad. La función femenina está bien definida y necesita del control del deseo. La marca de género se ha colado en el relato nacional, tal y como analizan Peluffo y Sánchez: «Pensamos el género

⁴ Eva Valero (2019) documenta la mitología cultural en torno a este personaje de la Perricholi como gran símbolo de la ciudad y del virreinato anterior a la Emancipación, a través de textos literarios, óperas y películas.

como un proceso de negociación constante con los discursos dominantes [...] a través del cual los sujetos se posicionan y son posicionados dentro de los proyectos de emancipación, consolidación y modernización de las naciones» (Peluffo y Sánchez, 2010: 7).

Además, Paul Firbas (2005) explica cómo cuando Paul Groussac visitó Lima en 1893, lo hizo fascinado por la leyenda de Perricholi. La «ciudad perricholesca», perseguida por la fantasía de varios escritores, nació de un proceso de «feminización» de la urbe que se remonta al siglo XVI:

La imagen de Lima como ciudad-mujer no excluyó otras figuraciones poderosas de la ciudad, pero éstas tuvieron un carácter episódico en la historia cultural de la capital del virreinato y la república. La ciudad feminizada, en cambio, se revela como un fenómeno de larga duración que sirvió, entre otras cosas, para producir una identidad y cohesión simbólicas, para habitarla, y conferirle a la corte sudamericana una ubicación de género en la política e imaginario coloniales. De seguro, la figura de Lima provocó sentidos y caracterizaciones contrapuestos dentro del amplio espectro de «lo femenino» entre los siglos XVI y XX.

Micaela Villegas, la cortesana famosa con el nombre de Perricholi, parece ser simplemente la figura más trabajada de una tradición metonímica de mujer y ciudad seductoras, y la encarnación de la duplicidad amenazante de toda conquista, en donde el caballero acaba conquistado; pero anuncia también la modernidad del XIX. Asimismo, la conversión de Isabel Flores de Oliva en Santa Rosa de Lima, primera santidad americana y patrona de la ciudad desde el siglo XVII, constituye el otro extremo de la imagen de la ciudad femenina (Firbas, 2005: 263).

La amenaza de la mujer como alteridad fatal surge en los primeros tiempos de la conquista, cuando sirenas o amazonas atemorizaban al conquistador, que, en paralelo, atribuía rasgos femeninos al *otro* (masculino), como parte de un proceso de subalternización. Sea como fuere, se trata de un mecanismo de colonización imaginaria que continúa reproduciéndose en el *Correo de Ultramar*.

Por eso, esta original narración, en apenas pocas líneas, muta hacia una consideración muy conservadora de la visión del esclavo, que justifica su condición: «sin concederles los del entendimiento, sino en modo muy menguado», «su especie se ha mejorado en la tierra de la esclavitud» (1853, n° 3: 51), «el trato interior de amo y esclavo tiene en muchas familias el sello de la antigüedad y se refiere a los tiempos primitivos del Génesis, así que una casa limeña no es en cierto modo más que la casa de Abraham o de Jacob» (1853, n° 3: 52). Este encuentra en su amo y su casa un reducto de educación y de sostén paternal, muy semejante al destino doméstico que la historia ha reservado para las mujeres.

Ahora bien, el texto reconoce la tristeza que asedia a aquel que en su tierra ocupó un estatus de libertad y de poder: «Cada uno se coloca en la misma posición que ocupaba en su patria antes de que fuese vendido por la mala suerte de las armas o víctima de algún drama» (1853, n° 4: 52). De igual modo, recoge una singular versión africana sobre la dispersión de los hijos de Noé, que muestra la maldición de Caín como la causa mítica del destino infausto del pueblo negro. Es decir, el artículo aborda en clave alegórica el que será uno de los grandes conflictos en el proceso de constitución de las naciones americanas: la ciudadanía. Se pregunta quiénes forman parte de esta categoría y qué pasa con los *otros*, cómo se gestiona la inclusión o exclusión de los sujetos.

La segunda parte incorpora leyendas y noticias del pasado que se oyen a lo largo de los caminos, pues las historias que se vinculan a una geografía modelan la percepción de

quien lo habita o lo visita. Esta variante del género será muy común a lo largo del siglo.⁵ Por ello, *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas* incorporaría una sección de tradiciones y leyendas americanas a cargo de José Güell y Renté, durante los años 1860-1861.⁶

En «El Perú y Bolivia» la posición del explorador se ha transformado. Este ha experimentado «Una residencia de tres años en los pueblos, cuyo carácter y costumbres voy a trazar y el conocimiento de las dos lenguas que se hablan el castellano y el aymara, pueden dar alguna autoridad a la relación de este viaje» (1853, nº 11: 188). La ciudad de Arequipa es admirada por su primavera perpetua en la falda de un volcán, por sus habitantes industriuosos, indiferentemente de su etnia o condición, y por la alegría en sus calles. El pintoresquismo de ropas y atavíos produce curiosidad y sirve para retratar a una población multicultural, atravesada por numerosas jerarquías simbólicas.



Imagen 3: Señora de la Paz, India de Arequipa, Chola de la Paz (1853, nº 11: 168-169).

El mito de la maravilla natural, heredado de las crónicas de Indias, emerge en la continuación del relato que figura en el número siguiente: «La más hermosa vegetación del mundo hace crecer a los pies de las montañas las plantas y árboles de los trópicos» (1853, nº 12: 187-188). La caracterización del indígena o del «cholo» no dista mucho de la que aparece en estas como gentes huidizas y primitivas: «El indio, alejado del mar, y separado del contacto perpetuo con los extranjeros, ha conservado su carácter y sus hábitos primitivos. Es triste, tímido y no malo. Si se encuentra con un europeo en despoblado huye o

⁵ Son frecuentes los textos de viajes que incorporan leyendas que se escuchan a lo largo de los caminos o las tradiciones que se introducen en el marco de un viaje. Como explica Cánovas (2008) estos escritos necesitarían de un contexto legitimador entre los lectores post-ilustrados y solo con el correr del siglo XIX irían ganando independencia como género.

⁶ José Güell y Renté (Cuba, 1818-Madrid, 1884) sería un colaborador asiduo en la prensa ilustrada española. Fue autor de *Leyendas americanas*, Madrid, Imprenta de las Novedades e Ilustración, 1856 y *Tradiciones de América*, París, Imprenta de Jules Clavé, 1861, algunas de estas se publicarían no solo en las secciones de *El Correo de Ultramar*, sino, por ejemplo, en el *Semanario Pintoresco Español*. Véase en línea. Otros autores como José Antonio Calcaño también firmarían relatos subtítulos «leyenda americana» para la publicación.

se oculta» (1853, nº 12: 188). «Son pobres, a causa de su pereza, con pocas excepciones; sus mujeres por el contrario son laboriosas y muy aseadas» (1853, nº 12: 189). Si las mujeres eran las protagonistas de los grabados del fragmento anterior, ahora lo son los varones con traje de faena o engalanados para participar en fiestas populares. El atuendo vuelve a conciliar las marcas que sitúan a los sujetos ante los discursos culturales que delinear su lugar en el proyecto nacional.

Esa Lima, que hemos visto convertida en mujer en números anteriores, en «Las curiosidades de Lima (Perú)», en el año 1855 provoca decepción. Se espera una gran ciudad, pero esta «encierra pues muy pocas cosas dignas de fijar la atención» (1855, nº 100: 326). Los museos y las bibliotecas apenas tienen fondos, ya que el patrimonio artístico ha sido expoliado, sobre todo por parte de los ingleses. Las calles y barrios poco ofrecen al visitante. Ya no se mira a la capital desde su mitología cultural, sino desde un ideal de modernidad y progreso que resulta fallida.

Como explica Valero, en la figuración literaria de Lima:

se detectan dos orientaciones claras que conviven a lo largo de los siglos: por un lado, la construcción textual mitificadora de la urbe, generadora de la leyenda de una Lima virreinal apacible y esplendorosa, centro principal del gran virreinato de la América del Sur, durante los siglos XVI, XVII y parte del XVIII; por otra parte la disolución del mito que se produce también desde los siglos coloniales hasta la tematización de la transformación urbana iniciada a mediados del siglo XX (Valero, 2019: 703-704).

Esta dualidad podrá apreciarse de modo semejante en el esbozo de otras de las antiguas capitales virreinales, que despiertan en los visitantes la misma sensación ambivalente.

«Una excursión en Venezuela» extracta una carta de Adolfo Pigear, dirigida «a un periódico»,⁷ sobre su excursión a Venezuela en 1851, como parte del contingente francés enviado a supervisar que la elección de un nuevo presidente discurra sin incidentes. La facilidad con que concluye el encargo lleva al grupo a poder disfrutar de la urbe desde uno de los recovecos del camino. Las citas de la misiva no solo testimonian la colaboración francesa en diferentes procesos constituyentes en América Latina, veremos más ejemplos, sino que el texto gira hacia otra de las variantes de la literatura de viajes: los derroteros, que permiten otear desde una visión elevada la hermosura de una localidad, rodeada de exuberante vegetación, otra reedición del mito del paraíso latinoamericano: «llegamos a la mayor altura y el soberbio espectáculo del valle de Caracas desarrollándose ante nuestros ojos vino a coronar nuestras esperanzas» (1853, nº 13: 205).

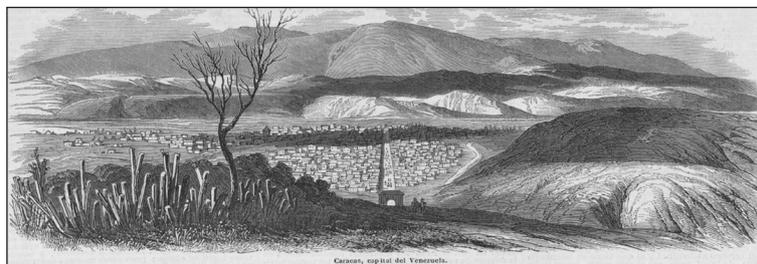


Imagen 4: Caracas, capital de Venezuela (1853, nº 13: 204).

⁷ En la prensa ilustrada es muy común que aparezcan textos traducidos o extractados de otros periódicos acompañados de comentarios o glosas de los redactores.

En los números 16 y 17 del año 1853 nos topamos con dos episodios de «Notas y recuerdos de La Habana». La urbe, al igual que la isla de Cuba, se convertirán en un destino prioritario de los relatos de viajes, primero como puerto de entrada histórica en el continente y como parada técnica de numerosas rutas, más tarde por los aires de independencia del fin de siglo y el poder simbólico de la última de las colonias. Sobre esta se plasmarán todo un conjunto de estampas que se repetirán en diversos escritos. Si la llegada al destino se experimenta como un acto de sumo placer: «Los que no han viajado no conocen el placer de descubrir después de una travesía el fin de su viaje» (1853, nº 18: 247), el puerto es uno de los más hermosos jamás vistos: «Entonces nos apercebimos de que estábamos en uno de los puertos más hermosos del mundo. Con un sol espléndido y bajo el cielo azulado de los trópicos» (1853, nº 18: 247).

El miedo a la cuarentena obliga a los pasajeros a permanecer unas horas inquietas atrapados en el barco. En este texto comienzan a colarse, frente a los anteriores, los aspectos prácticos de la travesía: la descripción de fondas, el alquiler de los carruajes o el efecto de las lluvias sobre las calles abarrotadas previenen al lector sobre aquellos inconvenientes que pueden encontrarse; pero la voz narrativa dibuja una ciudad bulliciosa, llena de belleza y pasión, habitada por tipos plurales, como un nuevo signo de mestizaje.

Varios números más tarde, en el 44 y el 45, Cuba torna a aparecer, ahora observada desde sus ingenios y cafetales, otro de los motivos recurrentes en las descripciones de la época. La esclavitud vuelve a ser tema de debate, otra vez desde la posición ambigua de quien disfruta de las comodidades con las que se le recibe en una hacienda, no ve con malos ojos las condiciones de vida del esclavo, pero sí los castigos a los que son sometidos los cimarrones.

Por otro lado, «Estado de Nicaragua, por el sr Squier» constituye una breve reseña del libro de este sobre una visita oficial a Nicaragua. Esta recoge varias referencias a las luchas coloniales entre Gran Bretaña y Estados Unidos y a cómo afectan a las tierras visitadas:

Si alguna vez han sentido dos naciones, una contra otra, celos que solo necesitan un átomo imperceptible, el motivo más fútil para convertirse en odio, indudablemente estas dos naciones son la Gran Bretaña y los Estados Unidos; la una, madrastra susceptible, atrabiliaria, ansiosa de disputar paso a paso el dominio de los mares y la invasión; la otra enseñando los dientes a la menor demostración y decidida a todo por defender su integridad (1853, nº 18: 277).

Junto al relato de los conflictos por la gestión de obras públicas, emerge la contemplación atenta de la sublimidad del paraje, cifrada en los volcanes que el Sr Squier descubre en sus recorridos por la América Central. En el número 20 sabremos que este no solo es un americano famoso por haber participado en la negociación de un tratado con Nicaragua, sino un apasionado de las ruinas y de las antigüedades incas. Sus notas y bocetos sirven a la voz narrativa de «Monumentos de los incas del Perú» para evocarlas: «El tamaño de los trozos de granito, la variedad de sus formas y el arte con el que las piedras están dispuestas, dan a la aldea de Ollantaytambo una fisonomía de antigüedad que conmueve al viajero y le transporta a los tiempos más remotos de la historia peruana» (1853, nº 20: 316). Asimismo, critica a los «bárbaros conquistadores» que las destruyeron sin piedad, aniquilando un patrimonio arquitectónico de gran esplendor. Recordemos que en la «Nota a nuestros lectores» es ese pasado de las grandes civilizaciones prehispánicas lo que lleva a fijarse especialmente en Perú y México.

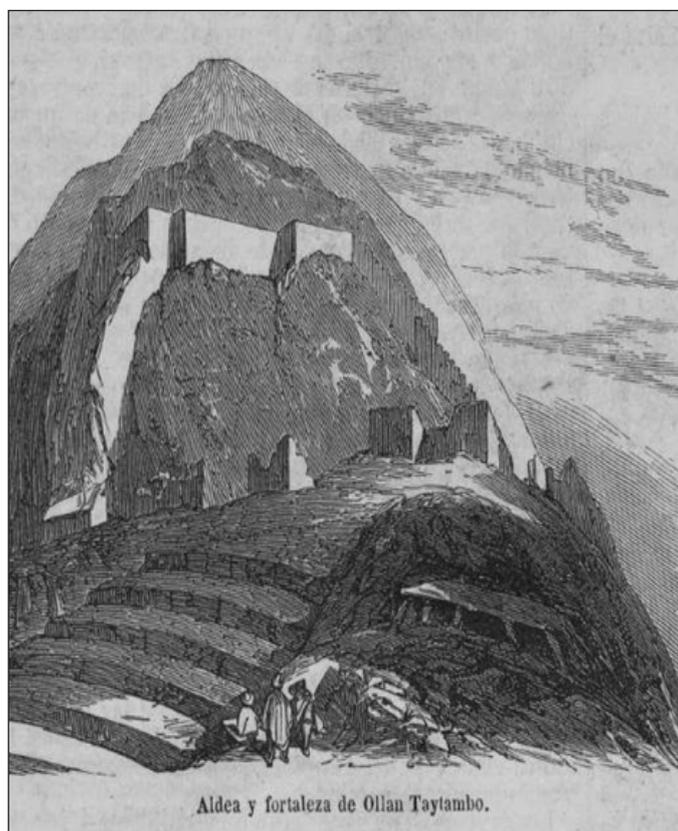


Imagen 5: Aldea y fortaleza de Ollan Taytambo (1853, n° 20: 316).

Explica Tomás Pérez Vejo, tomando como referente el caso mexicano, aunque su argumento sea aplicable por extensión a otras geografías hispanoamericanas, cómo la fundación de las naciones supuso la negociación con los relatos del pasado: prehispánico y virreinal, muchas veces representados en forma de edificios o ruinas, como restos de historia que ocultan las violencias fundacionales:

Resulta llamativa, por lo que va a ocurrir más tarde, la total ausencia de la Independencia y de la Conquista como temas históricos. Es el ocultamiento de la violencia fundacional, la negación de la fractura. [...] la historia que narran las ilustraciones de la primera mitad del siglo XIX carece por completo de carácter agónico. Es solo una sucesión de personajes y edificios arqueológicos, presentados como un elemento más del paisaje mexicano (Pérez Vejo, 2001: 407).

Esa mirada a las huellas de la historia como parte del paisaje, que se observa en la prensa nacional mexicana, tiene su correlato en el *Correo de Ultramar*, donde solo en contadas ocasiones se contempla una violencia epistémica que no sea la del presente de la escritura.

El escritor y político uruguayo Alejandro Magariños Cervantes firma el breve texto «Recuerdos de Brasil. Río de Janeiro». Con un tono profundamente poético, la voz del narrador describe la impresión que le causa la «Reina de la América Meridional, ciudad de amor y de la poesía, Río, encantadora beldad, cuyo eterno frescor y belleza envidiarían

las más celebradas» (1853, nº 23: 363). Los apuntes se sirven de la metáfora romántica para convertirse en un ejercicio de exhibición literaria.

De igual modo, «Viaje por el Ecuador, por el Napo y el río de las Amazonas» comenta el viaje científico de G. Osculati, miembro de la sociedad geográfica de París en 1847. No solo se trata de un recorrido peligroso por las condiciones de la geografía en la que este se aventura: «grandes peligros de un terrible viaje por las soledades y los vastos páramos cortados de rápidos torrentes, erizados de nevadas montañas, de volcanes y de selvas vírgenes, infestadas de jaguares y de serpientes venenosas» (1853, nº 35: 555), sino que un conflicto con los indios que lo guían lo deja ante la soledad y las sorpresas de este paraje hostil. La narración de Osculati pertenece al subgénero de las travesías de exploración científica, que tanta relevancia tendrán desde finales del XVIII; pero, a su vez, recuerda a los naufragos de las crónicas. Aquí no solo importa el destino, sino el desafío de experiencia extrema. El hombre se encuentra desnudo ante su condición viviente, revelada por la prueba a la que es sometido.

Por otro lado, «Viaje por los ríos de América. El Paraguay» comienza con una remem-branza de la gesta de los jesuitas en el continente, que alaba su labor, y denuncia las infaustas consecuencias de su expulsión: «Después de la desaparición de los indios y de la expulsión de los jesuitas el Paraguay cayó otra vez en la barbarie» (1853, nº 47: 745). Paraguay quedará desnortado, hasta su independencia suponga el inicio de un nuevo rumbo:

La Francia no fue insensible a este llamamiento. De acuerdo con la Inglaterra el gobierno francés nombró una comisión extraordinaria encargada de reconocer la independencia del Paraguay, de unir sus pueblos nacientes con los del antiguo mundo por un tratado de comercio y de trazar en los ríos de ese hermoso país el camino que debe seguir la civilización (1853, nº 47: 746).

La voz narradora cuenta la transformación del país y su misión a bordo del *Flambart*, que conducirá a la firma de un tratado de comercio: «Entretanto la diplomacia seguía activamente las negociaciones, y el día que se firmó el tratado de comercio, saludamos con nuestras insignias y nuestros cañones de la independencia del Paraguay» (1853, nº 47: 746). Se trata, por tanto, de un periplo, motivado por intereses puramente político-comerciales, que no por ello es ajeno al romanticismo en la aproximación.

Los álbumes de pintores, que combinan dibujos y anotaciones, aparecen, igualmente, en la *Parte literaria e ilustrada reunidas*. Así sucede con «Ascensión al Popocatepetl» de M. Pringret, pintor francés, residente en México, del que se incorporan extractos de cartas y bocetos en una de las escasas referencias a este país en los primeros números. La ascensión al volcán es turística y sirve como inspiración para el dibujo. Este constituye un emblema de la poderosa naturaleza americana y de sus valores ancestrales. Los aspectos prácticos —precios, guías, paradas y fondas— cobran protagonismo. A este mismo artista se atribuye el texto de «Antigüedades mexicanas» (1856, nº 196: 223-225) que, aunque no sea propiamente de viajes, se destaca por la deferencia hacia «los vestigios de las obras de un pueblo destruido» (1856, nº 196: 223). Pringret dice haber recogido una colección de más de 2.400 piezas.

Los sacrificios humanos de los antiguos aztecas despiertan su curiosidad y lo llevan a interesarse por la veracidad de estos: «El descubrimiento en México de un verdadero altar de sacrificios humanos destruye cuanto se ha publicado de la llamada *pedra grande de los sacrificios*» (1856, nº 196: 223-224). La maqueta en barro de «un pequeño modelo del gran Teocalli (casa Dios en México), descrito exactamente, por los historiadores,

testigos oculares y que Cortés mandó destruir» (1856, nº 156: 224) le sirve para denunciar la barbarie del conquistador. De igual modo, se deja fascinar por «esas formas extrañas que no proceden de las antiguas naciones del Oriente, ni de los griegos, ni de los romanos, ni mucho menos de los tiempos modernos» (1856, nº 196: 225). Se trata de una de las escasas narraciones donde las marcas de un sangriento pasado parecen haber quedado testimoniadas en piedra.



Imagen 6: Antigüedades mexicanas (1856, nº 196: 225).

Muy diferente es la experiencia de «Ligeros apuntes de un viaje por la América meridional. La isla floriana, Guayaquil y Quito de M. Ernesto Charton», pintor francés, que reproduce párrafos tomados de su correspondencia. El robo del buque en el que navegaba deriva en una profunda sensación de miseria: «Hemos vivido cincuenta y seis días sin ropa sobre el cuerpo, sin otros alimentos que algunos pececillos» (1854, nº 100: 349) y en una experiencia donde la supervivencia se convierte en la única razón que queda para continuar la travesía.

El caballero Pontelli en «Descubrimiento de países desconocidos en la América Central» nos conduce, de nuevo, a la exploración de una «comarca enteramente desconocida de la geografía» en la región de Chiapas. Allí abundan hermosas ruinas «La hermosura de estas ruinas es superior a todo lo que se pueda imaginar» (1860, nº 375: 168). Las «Ruinas de Ostuta» hablan de una promesa por descubrir «No dudo que en esas antigüedades haya descubrimientos y riquezas infinitas para la ciencia» (1860, nº 375: 169). La indagación histórica se vuelve necesaria para comprender los debates del presente.

De la misma manera, Bolivia cobra presencia en «Excursión o visita a las islas de Titicaca o Coati», donde Fr. Rafael Sans cuenta su visita a las islas en 1858. La mitología de la zona, especialmente la historia de Manco Cápac lo seduce. Los restos arqueológicos, mal conservados, vuelven a alegorizar la grandeza de un imperio cuya herencia debe recuperarse para el devenir nacional.

Asimismo, «Bolivia. Colonización y agricultura» por Leon Favre Clavairos, cónsul general de Francia, traducido al castellano por Manuel José Tovar, es otro de los textos dedicados a este territorio: «Los numerosos viajes que nos han hecho cruzar este país en todas direcciones y los estudios concienzudos que nos han conducido a escudriñar por todas partes para encontrar el secreto de su porvenir, nos han dado la convicción de que le está reservado un gran papel en la civilización de América» (1861, nº 443: 13). A lo largo de ocho entregas se hace una diagnosis de la necesidad de modernizar los transportes y la

explotación de las materias primas, de recurrir convenientemente a los capitales extranjeros o de gestionar la vida política siguiendo el modelo de la misma Francia: «La América debe pues ir a Europa a buscar las compañías destinadas a fecundizarla y de ningún modo ha de ser la Europa la que venga a América a entrometerse a porfía» (1861, nº 444: 31). Las viejas estructuras heredadas del pasado colonial deben ser sustituidas en pro del progreso: «Sentada la autoridad de un modo más sólido e interviniendo más activamente la acción de la opinión pública, las jóvenes repúblicas del Sud verán desarrollarse los gérmenes de prosperidad que encierran» (1861, nº 151: 143).

Desde aquí, podemos afirmar que, en sus dos primeras décadas, *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas* fue especialmente prolijo en la inclusión de literatura de viajes. Durante los años 1853 y 1854 América Latina ocupó un papel relevante entre los destinos seleccionados, para desaparecer, en los años sucesivos, en pro de otros territorios, especialmente aquellos donde Francia desarrollaba sus campañas coloniales, o entre otros géneros dedicados al continente —biografías literarias y tradiciones y leyendas—. No obstante, volvía a emerger de forma ocasional.

Dos países acapararon la atención de la publicación: Perú y Bolivia, junto con algunas alusiones a México. Las ruinas prehispánicas, el mestizaje de sus gentes y de su cultura ancestral, así como su paradisíaca biosfera, presta a ser explotada, ocuparon abundantes líneas. Tampoco se quedó atrás Cuba, por su especial significado en el proceso decolonial.

Sin embargo, la variedad de recorridos fue notable, así como las razones para viajar: embajadas diplomáticas, estudios pictóricos, exploraciones científicas o simplemente turismo guiaron a los narradores de un corpus donde convivieron crónicas, cartas, reseñas y traducciones, incluso reediciones de textos de prensa local como «Apuntes de un viaje a la provincia de Chocó (Colombia)» de *La Guirnalda* de Bogotá, dedicado a un país al que apenas se había hecho alguna mención.

De este modo, América Latina quedó dibujada, a través de estos escritos y de los grabados y litografías que los acompañaron, como un espacio de una naturaleza sublime, con una rica herencia prehispánica que debía ser revalorizada, gentes que representaban una compleja multiplicidad con la que cada nación había de negociar para consolidar su concepto de ciudadanía, viejas inercias que debían de ser superadas e infinitas posibilidades de progreso. Los intereses neocoloniales de franceses, ingleses y norteamericanos motivaron muchas veces la travesía y la escritura. Los moldes y metáforas de los viajes de ilustrados y románticos continuaron reproduciéndose.

¿Pero qué sucedió con México, apenas atisbado en los primeros números, con una presencia insoslayable en 1862 y 1863, cuya promesa se anunciaba en las primeras líneas de la publicación?

2.2. *El caso mexicano*

La *Parte literaria e ilustrada* del *Correo de Ultramar* compone un friso muy detallado de las campañas militares del ejército francés en pos del mantenimiento del imperio: la guerra de Crimea o la expedición a la Conchinchina son referidas exhaustivamente a lo largo de sus entregas. De forma semejante a otros ejemplos de prensa ilustrada,⁸ los movimientos de tropas o los viajes del emperador conviven con las tipologías textuales más convencionales de la miscelánea, convirtiéndola en un acto de engrandecimiento y de fasto. Durante el año 1862 tres series de textos «Méjico», «Sucesos de Méjico» y

⁸ Véase, por ejemplo, el caso de la guerra de África en *El Mundo pintoresco* o *El Museo Universal* (Riego, 2001; Amores, Guillén y Ning, 2016).

«Expedición de Méjico» adquieren notable relevancia. La última continuaría en los números de 1863. A partir del año 1864, cuando el Imperio de Maximiliano había logrado su estabilidad, el país desaparecería casi completamente de la publicación. Como hemos visto, aunque en la nota «A nuestros lectores», se prometía retratarlo junto a Perú como uno de los herederos de ricas tradiciones ancestrales, apenas unos pocos escritos se habían detenido en él.

En 1861 la difícil situación financiera del estado hizo que Benito Juárez decidiera suspender el pago de la deuda pública que tenía contraída con Gran Bretaña, Francia y España, como explica Pi-Suñer (1999). Esta decisión sirvió como pretexto para una intervención tripartita en la zona, donde cada una de estas potencias tenía sus intereses particulares.

Durante los sucesos de lo que habría de llamarse la «segunda intervención francesa» (1862-1867) coagulan muchas de las negociaciones identitarias y geopolíticas entre México, España y Francia, que habían recorrido no solo el siglo, sino el periódico desde su nacimiento. Los intereses de ingleses y norteamericanos en la región estuvieron igualmente presentes en el conflicto. No olvidemos que fue la presión norteamericana sobre Cuba y Puerto Rico la que condujo a España a querer extender su influencia en el área (Sánchez, 1999). Este corpus textual nos permite observar una buena parte de estos sucesos y de sus aristas:

La activa participación de España en los proyectos de intervención europea en México, cuyo colofón fue la firma del Convenio de Londres en octubre de 1861, constituía la culminación de una larga serie de proyectos precedentes de la diplomacia española para incorporar México a su área de influencia en el Caribe.

Dichos proyectos deben enmarcarse en el enfrentamiento geopolítico entablado en el Caribe durante el segundo tercio del siglo XIX entre Europa, en general, y España, en particular, por una parte, y los Estados Unidos por otra. España, que debió enfrentar la presión creciente de los Estados Unidos, sobre Cuba y Puerto Rico, trató de extender su área de influencia a otros países de la región, como México y la República Dominicana, con el objetivo de constituir contrapesos que frenaran el expansionismo estadounidense sobre sus colonias de las Antillas.

No obstante, a diferencia de su rival norteamericano, España nunca pudo implicarse de manera directa en los escenarios colaterales en los que ambas potencias dirimían su hegemonía en el Caribe. Consciente de su debilidad frente a los Estados Unidos, la política española en el Caribe y el Golfo de México gravitó en torno al interés de Francia y la Gran Bretaña por mantener el delicado equilibrio de poder existente en la zona (Sánchez, 1999: 107).

Las entregas que llevan por título «Méjico» aluden a los viajes que han permitido al narrador conocer una geografía tan compleja y extensa. Se aporta una descripción climática y geográfica, un resumen de historia mexicana, que comienza con los orígenes del pueblo azteca, para, después, insertar algunos pasajes de las *Cartas de relación*, especialmente aquellos donde se describe la grandeza de Tenochtitlan. La figura de Cortés es alabada: «El conquistador devolvió la preeminencia a la capital de Moctezuma» (1862, nº 483: 233-234).

De igual forma, las referencias al abate Brasseur de Bourbourg y a Humboldt sirven para dotar de autoridad al relato, que continúa hasta detenerse en el momento en que la historia de España, México y Francia se entrelaza: «Tal era, bosquejada a grandes rasgos, la situación moral y política de México cuando Napoleón entró en España» (1862, nº

488: 318). Más adelante se alude a las guerras por la independencia: «Sabido es que la lucha que España sostuvo contra Napoleón fue en el continente americano la señal de la sublevación de las colonias» (1862, nº 491: 355) o la pérdida de Texas y se concluye en el tiempo presente de la escritura.

Las litografías que acompañan a los textos no evocan el pasado, sino que son estampas del país y de su capital en la actualidad: plazas, mercados, una misa en la catedral o tipos populares provocan un efecto de contrapunto, que nos lleva a buscar las marcas del pasado entre las pinceladas del dibujo, a reflexionar acerca de cómo los acontecimientos histórico-políticos han llevado al estado actual de las cosas.



Imagen 7: Interior de la catedral de México (1862, nº 491: 356).

Por otro lado, los capítulos de «Expedición a Méjico» combinan gran diversidad de fuentes —noticias de periódicos franceses o españoles, cartas o discursos de personalidades como Benito Juárez— para explicar las causas que han conducido a la intervención francesa. Así, se referencian los episodios que tendrán lugar a lo largo de los primeros momentos de esta:

El Monitor del 21 de enero ha publicado la siguiente correspondencia fechada en Veracruz el 20 de diciembre último, que contiene noticias que pueden llamarse oficiales, sobre la entrada en esa ciudad de las tropas españolas:

«El 8 de diciembre por la ciudad de Veracruz se puso en conmoción a la causa de la presencia de una división naval española, compuesta de diez fragatas y de nuevos transportes de vapor. La impresión producida por la llegada de estas fuerzas en la rada de Sacrificios fue tanto más viva, cuanto que se tenía la fundada esperanza, sino de evitar la intervención extranjera que amenazaba, al menos de aplazarla» (1862, n° 474: 82).

Los temores de los mexicanos, las tensiones entre los aliados, las idas y venidas de los ejércitos son descritos con gran viveza, acompañados de litografías que captan la llegada de las tropas, los uniformes de los soldados o que plasman el escenario donde tienen lugar los hechos bélicos, a modo de ambientación para el lector:

Al tocar en la Habana hemos sabido que la expedición española se había adelantado y que ocupa la ciudad de Veracruz desde primeros de diciembre sin disparar un cañonazo. Esta noticia nos sorprendió y aún creo que fue mal recibida a bordo del buque almirante. Otro motivo de sorpresa nos esperaba al llegar a esta y era el ver el pabellón español izado él solo en la ciudad y con el castillo de San Juan de Ulúa (1862, n° 479: 167).

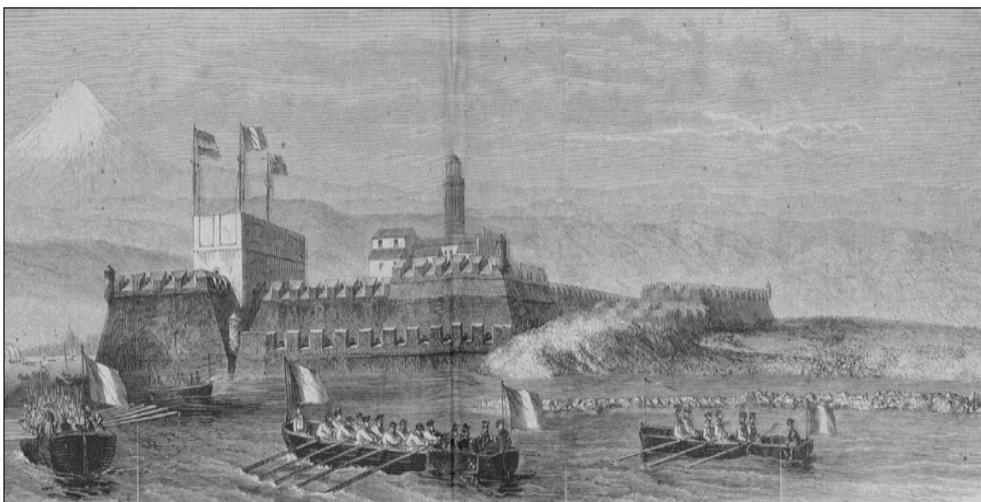


Imagen 8: Expedición a México. Desembarco de las tropas francesas en Veracruz.
Paso del almirante al frente de San Juan de Ulúa (1862, n° 479: 169).

Aunque «Expedición a México» no es propiamente un texto de viajes, sí se alude a los transeúntes que han de encontrarse con los restos que dejan los ejércitos a su paso: «Los viajeros llegados de Méjico han encontrado los caminos llenos de carros abandonados, de cañones arrojados en los fosos, de bagajes y de soldados sin armas, sin vestidos, y sin pan» (1862, n° 474: 82). Entre sus líneas se cuelan los mismos motivos que es posible apreciar en los derroteros o las descripciones: «La bahía del fuerte de Francia es magnífica y está rodeada de montañas notables, tanto por sus formas como por la poderosa vegetación

que la cubre» (1862, nº 515: 322). El embeleso ante los parajes no deja indiferentes a los batallones de la intervención.

Completa este conjunto «Sucesos de Méjico» que pretende «narrar aquí los principales acontecimientos de la campaña a medida que se vayan sucediendo» (1862, nº 494: 408). Se trata de un grupo de escritos más breve, que compone una descripción muy detallada del camino que siguen los soldados. Se dan datos sobre las condiciones orográficas, la temperatura, es decir todo aquello que puede servir al avance. Entre estos, de nuevo, se refleja la admiración por la fértil vegetación y por su hermosura. Otros sueltos como «El camino de Puebla a México» explicitan este contraste: «El camino se conoce muy bien, bajo el punto de vista pintoresco; pero no se conoce tanto bajo su aspecto defensivo» (1863, nº 547: 11).

Desde aquí, observamos cómo los escritos sobre México en los años 1862 y 1863 nacen del interés por el país anclado en los acontecimientos histórico-políticos. Estos componen un grupo prolijo, en el que los viajes combinan sus intertextos clásicos con una necesidad de conectar la historia con los sucesos de la actualidad. Junto a ellos, los textos dedicados a radiografiar las campañas bélicas se sirven del modelo de derroteros y periplos para «dar a ver» al lector la tierra por la que se lucha. No obstante, solo los primeros años del conflicto parecen interesar; ya que, a partir de 1864, no solo México, sino en general Hispanoamérica vuelve a perder significancia, quedando relegada a una presencia más entre el mapa plural de dimensión mundial que la miscelánea va trazando.

3. LO QUE LLEVE EL CARÁCTER AMERICANO

El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas iniciaba su andadura proclamando su vocación americanista. Esta se vio reflejada en un importante conjunto de literatura de viajes hacia el continente, así como en secciones literarias y biografías o en apuntes sobre vida política referidas a este. No obstante, todo este corpus convivió con un prolijo despliegue de la escenografía imperial francesa, haciendo que el espacio americano quedara entrelazado con otras muchas geografías, sin que su presencia fuera tan protagónica a lo largo de los años como se prometía en su primer número. Esta incorporación a ese atlas global visibilizó la nueva realidad geopolítica y su repercusión en los países de América Latina, que ganaban protagonismo en momentos de conflicto en la región.

Los textos de viajes no solo fueron diversos en formato y estuvieron motivados por razones múltiples, sino que oscilaron entre una aproximación ilustrada o romántica, que, a menudo, se entremezclaba y que servía para rescribir una herencia cronística todavía válida. El análisis de las posibilidades de progreso o de explotación territorial, junto al canto a la sublime naturaleza o a los ecos de las ruinas de un pasado prehispánico, rodeadas de un aura de nostalgia y misterio, convivieron en ellos. La compleja encrucijada identitaria americana, sus mestizajes, así como las inclusiones y exclusiones, que una noción de ciudadanía de base criolla promovió en los procesos de creación de las naciones, fue intuita por el observador extranjero que hizo de la variedad de gentes uno de sus puntos prioritarios de contemplación.

Sin embargo, el contrapunto de las campañas militares en México hacia visible que los intereses neocoloniales en América Latina iban a ser todavía una razón de primer orden para visitarla y para escribir sobre ella. Como respuesta a estos comenzaba a intuirse el esbozo de un contradiscurso pancontinental latinoamericano, que se reapropiaría de esos «ojos imperiales» (Pratt, 1992) para usarlos como elemento de unión y de respuesta.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias. Textos citados de El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas.

- (1853), X. de Lassalle y Melán, «A nuestros lectores», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 1, pp. 1-2.
- (1853), «Escenas y croquis de viaje. El Perú», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 3, pp. 39-41.
- (1853), «Escenas y dibujos de viaje. Las gentes de medio pelo y los esclavos de Perú», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 4, pp. 51-53.
- (1853), Aluys, «El Perú y Bolivia», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 11, pp. 167-170; nº 12, pp. 187-190.
- (1853), A. P., «Excursión en Venezuela», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 13, pp. 204-205.
- (1853), R. de H., «Notas y Recuerdos de la Habana», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 16, pp. 247-248; nº 17, pp. 263-266; nº 44, pp. 700-702; nº 45, pp. 711-714.
- (1853), B. H. R., «Monumentos de los incas del Perú», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 20, pp. 315-318.
- (1853), Alejandro Magariños Cervantes, «Recuerdos de Brasil. Río de Janeiro», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 23, p. 363.
- (1853), T. M., «Viaje por Ecuador, por el Napo y el río de las Amazonas», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 35, pp. 555-558.
- (1853), M. R., «Viajes. Los conventos de Lima y Santa Rosa, patrona de las Américas», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 39, pp. 611-614.
- (1853), «Viaje por los ríos de América. El Paraguay», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 47, pp. 743-746.
- (1854), «Ascensión al Popocatepetl», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 97, pp. 299-300.
- (1854), M. Ernesto Charton, «Ligeros apuntes de un viaje por la América meridional», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 100, pp. 347-350.
- (1855), F. D., «Las curiosidades de Lima», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 151, pp. 326-327.
- (1856), «Antigüedades mexicanas», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 196, pp. 223-224.
- (1860), Pontell, «Descubrimiento de países desconocidos en la América Central», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 375, pp. 167-169.
- (1860), Rafael Sans, «Excursión o visita a Bolivia», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 404, pp. 210-211; nº 405, pp. 226-227; nº 407, pp. 258-259.
- (1860), Santiago Pérez, «Apuntes de un viaje a la provincia de Chocó (Colombia)», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, nº 415, pp. 398-399.
- (1861), Leon Favre, «Bolivia. Colonización y agricultura», *El Correo de ultramar. Parte literaria e ilustrada*, nº 443 pp. 13-15; nº 444, pp. 30-31; nº 446, pp. 62-63; nº 447, pp. 78-79, nº 448, pp. 94-95; nº 449, pp. 110-111, nº 450, pp. 126-127; nº 451, pp. 142-143.
- (1862), M. B., «Méjico», *El Correo de ultramar. Parte literaria e ilustrada*, nº 478, pp. 151-154; nº 481, pp. 199-202, nº 483, pp. 231-234.
- (1862), R. S., «Sucesos de México», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada*, nº 494, pp. 408-410; nº 508, pp. 209-210.

- (1862), «Bogotá», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, n° 520, pp. 407-410.
- (1862-1863), «Expedición de México», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, n° 471, pp. 81-82; n° 475, pp. 103-105; n° 479, pp. 169-170; n° 480, pp. 181-182; n° 485, pp. 259-262; n° 498, pp. 55-58; n° 515, p. 322; n° 548, pp. 20-21; n° 568, pp. 339-341; n° 569, pp. 354-355.
- (1863), «El camino de Puebla a México», *El Correo de Ultramar. Parte literaria e ilustrada reunidas*, n° 547, pp. 11-12.

Fuentes secundarias

- AMORES, Montserrat (2021, en prensa), «La presencia de Francia en *El museo mexicano* (1843-1846)» en Mirjana Polic Bobic (coord.), *Literaturas hispánicas hoy*, Zagreb, Universidad de Zagreb.
- AMORES, Montserrat, GUILLÉN, Cristina y NING, Siwen (2016), «Estudio e índice de la revista ilustrada *El Mundo Pintoresco* (1858-1860)», *AnMal electrónica*, n° 41, pp. 139-271.
- ANDERSON, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas*, México, FCE.
- CÁNOVAS, Germán (2008), «El marco narrativo en las leyendas de Víctor Balaguer», Montserrat Amores y Rebeca Martín (eds.), *Estudios del cuento español del siglo XIX*, Vigo, Academia del Hispanismo, pp. 75-90.
- COOPER-RICHET Paris (2009), «Carrefour des langues et des cultures: Édition, presse et librairie étrangères à Paris au XIX siècle», *Histoire et civilisation du livre*, n° 5, pp. 121-143.
- (2011), «Aux marges de l'histoire de la presse nationale: les périodiques en langue étrangère publiés en France (XIX^e-XX^e siècles)», *Le Temps des médias*, n° 16, pp. 175-187.
- (2013), «Paris y los ambos mundos: une capitale au coeur du dispositif de production et de mise en circulation de livres et de journaux, en espagnol, au XIX^e siècle», *Cahiers des Amériques*, n° 71-72, pp. 201-220.
- (2019), «La presse hispanophone parisienne au XIX^e siècle: *El Correo de Ultramar* et les autres», *Çédille: Revista de Estudios Franceses*, n° 16, 2019, pp. 81-100.
- FERNÁNDEZ, Pura (1998), «El monopolio del mercado internacional de impresos en castellano en el siglo XIX: Francia, España y "la ruta" de Hispanoamérica», *Bulletin Hispanique*, n° 100-101, pp. 165-190.
- FERRÚS, Beatriz (2020), «"Un carácter verdaderamente mexicano": modelos de mundo, historiografía literaria y poscolonialismo en *El Álbum mexicano* (1849)», *Quaderns de Filologia. Estudis Literaris*, n° 25, pp. 109-123.
- (2021), «Estrategias de mediación cultural en la prensa ilustrada: *El Álbum mexicano* (1849), viajes y paisajes», *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, publicado 29 de marzo de 2021. En línea.
- FIRBAS, Paul (2005), «Gallardas damas: Lima colonial como ciudad-mujer», *Revista Hostosiana*, n° 3, pp. 256-26.
- GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel (2017), «Un satírico vallisoletano en París. Juan Martínez Villergas en *El Correo de Ultramar*», en Ana María Freire López y Ana Isabel Ballesteros Dorado (coords.), *La literatura española en Europa* (1850-1914), Madrid, UNED, pp. 265-278.
- PABÓN CADAVID, Jhonny Antonio (2012), «José María Torres Caicedo: El nacimiento de la identidad latinoamericana, las construcciones nacionales y el derecho de autor», *Revista de propiedad inmaterial*, n° 16, pp. 18-55.
- PELUFFO, Ana y SÁNCHEZ PRADO, Ignacio M. (coords.) (2010), *Entre hombres. Masculinidad del siglo XIX en América Latina*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert.
- PÉREZ VEJO, Tomás (2001), «La invención de una nación. La imagen de México en la prensa ilustrada en la primera mitad del siglo XIX (1830-1855)», en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel* (1800-1860), México, Instituto Mora.

- PI-SUÑER, Antonia (1999), «El eterno problema: deuda y reclamaciones (1861-1868)», en Clara, E. Lida (comp), *España y el imperio de Maximiliano. Finanzas, diplomacia, cultura e inmigración*, México, El Colegio de México, pp. 37-103.
- PRATT, Mary Louise (1992), *Ojos imperiales*, México, FCE.
- RIEGO, Bernardo (2001), *La construcción social de la realidad a través de la fotografía y el grabado informativo en la España del siglo XIX*, Santander, Universidad de Cantabria.
- SABLONNIERE, Catherine, «*El Correo de Ultramar* (1842-1886) y la ciencia: entre labor educativa y propaganda política». Ponencia presentada en el IV Encuentro Internacional de Historiadores de la Prensa en Iberoamérica, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México. En línea.
- SÁNCHEZ, Agustín, (1999), «La diplomacia hispano-mexicana. De la intervención tripartita a la caída del Imperio», en Clara E. Lida (comp), *España y el imperio de Maximiliano. Finanzas, diplomacia, cultura e inmigración*, México, El Colegio de México, pp. 105-168.
- SANTIRSO, Manuel y VIGUERA, Rebeca (2021), «Introducción: mediadores transatlánticos, España-Francia-México, 1843-1863», *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*. En línea.
- SUÁREZ DE LA TORRE, Laura Beatriz (coord.) (2001), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto Mora.
- VALERO, Eva, (2020), «La capital virreinal en La Perricholi. Reina de Lima de Alonso Cueto: historia y literatura, literatura y ciudad», *Anuario de estudios americanos*, vol. 77, nº 2, pp. 699-730.
- VIEYRA SÁNCHEZ, Lyliá (2017), «*La ilustración española y americana* (1869-1921): producto mercantil y cultural», *Caleidoscopio*, nº35/36, pp. 15-42.